

Gustavo Álvarez Gardezabal y el ocaso de la noción de “El País Vallecaucano”

Álvaro Félix Bolaños*
University of Florida

Resumen: El artículo hace una lectura de “Se llamaba el País Vallecaucano” considerando: (1) la reciente experiencia política y jurídica del autor; (2) la tradición del ensayo sociológico sobre el “pueblo enfermo”; (3) sus contactos con los cronistas del siglo XVI sobre el valle del río Cauca; y (4) la crisis actual colombiana. Señala cómo a pesar de ser la historia del *modus operandi* de la élite del Valle del Cauca, el ensayo ve la reivindicación del territorio en el potencial social y cultural de las clases pobres de piel oscura.

Descriptores: Álvarez Gardezabal, Gustavo; Ensayo colombiano; “Se llamaba el País Vallecaucano”; Valle del Cauca; Degeneración social y política; Literatura y política.

Abstract: The article constitutes a reading of “Se llamaba el País Vallecaucano” by considering (1) the author’s recent political and judicial experience; (2) the tradition of sociological essays about “sick nations”; (3) its contacts with 16th century chroniclers on the Cauca river valley; and (4) Colombia’s current crisis. It shows how in spite of being a history of the centuries old *modus operandi* of the Valle del Cauca’s elite, the essay sees the vindication of the territory on the social and political potential of the dark-skinned lower classes.

Key words: Álvarez Gardezabal, Gustavo; Colombian essay; “Se llamaba el País Vallecaucano”; Valle del Cauca; Social and political degeneration; Literature and politics.

Y después cuando yuamos a poblar la villa de Anzerma con el capitán Robledo, hallamos tanto [pescado], que pudieran henchir los nauíos dello. Es muy fértil de mayz y de otras cosas esta prouincia de los Gorrones. Ay en ella muchos Venados y Guadaquinajes, y otras salvaginas, y

* University of Florida, Department of Romance Languages and Literatures, Gainesville, FL 32611; bolanos@rll.ufl.edu.

muchas aues. Y en el gran valle de Cali, con ser muy fértil, están las vegas y los llanos con su yerua desiertas; y no dan prouecho sino a los venados y a otros animales que los pasean porque los Christianos no son tantos, que puedan ocupar tan grandes campañas

Pedro de Cieza de León

Se conjugaron entonces en el Valle del Cauca los tres elementos principales de su entorno. La selva del Pacífico, con el puerto de Buenaventura como eje fundamental de toda una región. El valle geográfico del río Cauca, tomándole como límites los ríos Desbaratado, en el sur, y La Vieja, en el norte. Y las dos cordilleras, la occidental, que separa las selvas húmedas de la llanura oceánica del fértil valle que se expande a lado y lado del río tutelar. Y la central, cargada de agua y alturas, complementando el cerco de independencia

Gustavo Álvarez Gardeazábal

El epígrafe del conquistador convertido en historiador, Cieza de León, fue probablemente escrito en Cartago, Valle, en 1541 y proviene del capítulo XXVI de la “Primera parte” de su *Crónica del Perú* (publicada en Sevilla, España, en 1553). El capítulo se titula “En que se contienen las prouincias que ay en este grande y hermoso valle, hasta llegar a la ciudad de Cali” (1984, 93). Esta temprana descripción del territorio del actual valle geográfico del río Cauca presenta esta región como una suerte de cornucopia de la que, por efecto de la depredación del ejército de Sebastián de Belalcázar desde 1536, ha desaparecido la población indígena.¹ En consecuencia, y como se colige del diseño general de esta crónica de Cieza (dedicada al entonces príncipe Felipe y a glorificar la invasión española), el valle está felizmente exento de sus pobladores nativos y, por tal, es más apto para la colonización europea.

El segundo epígrafe es de 1990, y en él se retoma el contenido utópico de la descripción que hizo Cieza en el siglo XVI de la misma región (aunque sin la implícita aprobación de la primigenia agresión a la población nativa que hace el cronista español). Este segundo epígrafe corresponde a la nota introductoria que Álvarez Gardeazábal escribió para la edición de fotografías del Valle del Cauca de Patrick Rouillard titulada *El valle del tren* (1990).² Álvarez ha sido

1 Pascual de Andagoya, quien estuvo también en esta región en la misma época, denuncia en 1546 esta depredación del valle del río Cauca de la siguiente manera: “Esta tierra en obra de treinta leguas, que es lo que se despobló, era la más bien poblada tierra, y más fértil, abundosa de maíz y de frutas y patos; y cuando yo llegué estaba y la hallé tan despoblada que no se halló en toda la tierra un pato para poder criar; y donde había en estas treinta leguas sobre cien mil casas, no hallé diez mil hombres por visitación” (Andagoya, 1986, 130).

2 El tema de la despoblación del Valle del Cauca lo retoma Álvarez, sin embargo, en una nueva mirada al territorio en el año 2001, pero no como condición previa para el progreso de la región, sino como índice de su decadencia, como veremos.

muy persistente en la conceptualización del territorio del valle del río Cauca como región bendecida por su fertilidad y sus grandes recursos naturales, y por su gran potencial socio-económico y demográfico en el contexto nacional colombiano.

En abril de 1997 Álvarez publicó, bajo el título de *Perorata*, una selección de artículos de opinión política previamente publicados entre 1995 y 1996 en la revista *Cromos*. Dos razones que da en la introducción para la reedición de estos artículos son: 1. la divulgación de una muestra de sus reflexiones sobre la situación crítica del país en el momento en que se lanzaba a las elecciones para gobernador del Valle del Cauca y, 2. la financiación, con la venta del librito de 105 páginas, de los gastos de su campaña electoral. La colección de veintiocho artículos cubría temas candentes y de actualidad, como la crisis política del gobierno del entonces presidente Samper, la rampante corrupción de funcionarios del gobierno, las entonces difíciles relaciones con los Estados Unidos, el problema del narcotráfico, las guerras contra el Estado de la guerrilla y los traficantes de drogas, el racismo en Colombia, las relaciones entre la literatura y la política, las ineptitud y corrupción de la clase política colombiana, etc. Igualmente trataba el tema de la identidad civil y política del pueblo colombiano, tema que, como veremos, adquirirá gran importancia después para Álvarez Gardeazábal. La variedad de sus temas, lo incisivo de sus críticas y las propuestas osadas, daban una buena muestra del potencial renovador de un político en campaña electoral.

El tema que trata en la introducción de este libro es el de la relación posible entre la política y la literatura. ¿Se puede escribir novelas y gobernar?, se pregunta el escritor aspirante a gobernador. Curiosamente, la respuesta que da no recurre a su experiencia en la práctica de la política, sino a su condición de novelista interesado en ella. Entre las razones para responder positivamente a este interrogante, no trajo a cuento su reciente y exitosa experiencia como alcalde de Tuluá, su pueblo natal, en dos ocasiones y ambas por elección popular (primero en 1988 y después en 1992), ni tampoco la tradición latinoamericana de intelectuales lúcidos que llegaron a ser gobernantes en sus países. Domingo Faustino Sarmiento en Argentina, Miguel Antonio Caro y José Manuel Marroquín en Colombia, Rómulo Gallegos en Venezuela, Juan Bosch en República Dominicana, y aún los casos de Pablo Neruda y Mario Vargas Llosa quienes participaron en campañas electorales, son buenos ejemplos.³ Trajo a cuento, en cambio,

3 Esta tradición es producto de la falta de diferenciación entre los intelectuales culturales y los políticos, común en países rezagados en la carrera hacia la Modernidad. Es ésta una condición de “subdesarrollo”, entendida aquí como el lento o escaso avance industrial, social y político

su particular relación con la literatura. Según Álvarez, la escritura de “doce novelas con una visión crítica de las distintas manifestaciones del poder en la vida colombiana”, le permitió tres cosas: 1. “entender el devenir histórico de la función pública”, 2. “intuir el comportamiento humano de los gobernados y quienes les ayudan a gobernar”, y 3. “visualizar” y “advertir” muchas cosas que otros gobernantes no pueden. La escritura de sus novelas fue, entonces y excepcionalmente en su caso, una suerte de “curso de estudio y aprendizaje del poder” (Álvarez Gardeazábal, 1997, 8).

El que tal experiencia literaria le haya proveído la experiencia de político y gobernante de que en ese momento quería hacer alarde, es algo difícil de asegurar; más fácil es, en cambio, notar que este autor ha reflexionado consistentemente en sus escritos literarios o ensayísticos sobre la naturaleza del poder y la de los hombres y mujeres que lo ejercen y han ejercido en Colombia a lo largo de su historia, y que tal reflexión ha estado acompañada de una asidua lectura de la historia de su comarca, el Valle del Cauca, y del país en general.⁴ El escritor de novelas experimentado en la reflexión sobre la naturaleza del poder político y en la ejecución de tal poder en el ámbito municipal, quiere recordarnos con *Perorata* que él es también un comentarista político y un ensayista.⁵

en contraste con el ritmo acelerado de países como Inglaterra, Francia, Alemania, etc., durante el siglo XIX y principios del XX. Tal condición impide la división de disciplinas del conocimiento de suerte que —como bien explica Aronna— “literature, philosophy and science commingled to fill the void created by the lack of a developed field of social sciences” (22). En la Latinoamérica de la época señalada, esta situación produce intelectuales como Andrés Bello, Domingo F. Sarmiento o Alcides Arguedas, es decir, “hombres de letras” que con facilidad trasiegan por la historia, la antropología y la sociología, desarrollando un corpus textual que a veces no distingue entre la ficción, la historiografía y la historia natural (Aronna, 1999, 22). Este hombre de letras es también una evolución del “letrado” del período colonial que administraba y salvaguardaba los negocios (económicos y misionales) del imperio español. Es decir, era un individuo unido al poder ordenador de la metrópoli (a este respecto véase Rama, 1984; sobre la relación tradicional en Colombia entre los hombres de letras y el poder político, véase Deas, 1993).

- 4 La jactancia que demuestra Álvarez al hablar de sus novelas como un “curso de estudio y aprendizaje del poder” tiene asidero en el tema general de ellas. Esos temas han siempre girado en torno al ejercicio, acumulación y el abuso del poder económico y político. Su postura ante tales temas ha sido siempre el de la crítica y el sarcasmo contra arrogancia, descaro, miopía y desafuero de los poderosos. El temprano caso de *Cóndores no entierran todos los días* (1971, sobre la construcción de un legendario líder paramilitar durante la Violencia) y el más reciente de *Los sordos ya no hablan* (1991, sobre la criminal irresponsabilidad de las autoridades ante la inminencia del desastre de Armero en 1985), son solamente dos ejemplos de una lista de trece novelas y libros de cuentos.
- 5 Para 1997, cuando Álvarez Gardeazábal publica en *Perorata* su experiencia en la política, incluye no solamente la alcaldía de Tuluá, sino también sus posiciones como miembro del

Cuatro años después de publicado *Perorata*, Gustavo Álvarez Gardeazábal escribió un ensayo histórico titulado “Se llamaba el País Vallecaucano” sobre el territorio geográfico, cultural y político de su comarca y en el que varios temas claves de sus reflexiones en *Perorata* adquieren más amplio desarrollo, como veremos.⁶ Varios sucesos importantes tuvieron lugar entre la escritura de ambos libros, los cuales echarán buena luz sobre la naturaleza de este ensayo que pretende diagnosticar (con todas las implicaciones clínicas del término) el estado y la condición del territorio del departamento del Valle del Cauca en un momento en que sus designios políticos forzosamente ya no contaban con el liderazgo de Álvarez Gardeazábal. Tales sucesos son: 1. su gran triunfo en las elecciones con una avalancha de votos sin precedentes en la historia de los comicios para gobernador en Colombia;⁷ 2. su insólita destitución, a varios meses de iniciado el ejercicio de su administración;⁸ y 3. el subsiguiente proceso y condena por la Fiscalía de la Nación por un supuesto contacto con dineros del narcotráfico, delito por el cual estuvo preso desde principios de 1999 hasta el 22 de diciembre de 2001 cuando fue puesto en libertad condicional.

El texto, fechado el 16 de mayo de 2001, y escrito en la Escuela de Policía en donde el autor estuvo recluido, intenta reflexionar sobre la trayectoria y validez de la noción de “País Vallecaucano” planteada, según explica él, a fines de

Concejo Municipal de Cali (1978-1980), de Tuluá (1984-1986), y como diputado del Departamento del Valle (1980-1982). Su experiencia sobre asuntos políticos y civiles en general, corresponde a la escritura de sus columnas de periódicos como *El Occidente* de Cali (1968-1972), *El País* de Cali (1972-1978), *El Colombiano* de Medellín (1968-1997) y *El Siglo* de Bogotá (1992-1997), y revistas como la ya mencionada *Cromos* y *Hoy x hoy* (1988-1993)

6 El texto fue publicado primero en la página Web del escritor y tiene unas treinta mil palabras. Las citas del texto en este trabajo provienen de esa edición electrónica (véase la sección “Obras” en su página Web: <http://tulua.teletulua.com.co/gardeazabal/>). Recientemente se ha publicado una edición en papel que no conozco todavía.

7 Según datos de la Registraduría General de la Nación (divulgados en la Internet: http://www.dnp.gov.co/01_cont/indicado/GEST_PUB.HTM) sobre el resultado de las elecciones para gobernadores en Colombia en ese año de 1997, Gustavo Álvarez y su partido de coalición recibieron el apoyo del mayor número de electores (658.983 votos). Les siguen Miguel Jesús Arenas Prada y su partido de coalición de Santander del sur (375.763 votos). En tercer lugar está Alberto Builes Ortega del Partido Conservador del Departamento de Antioquia (375.441 votos) y de cuarto está Andrés González Díaz del Partido Liberal en Cundinamarca (278.517 votos). Entre el primer lugar de Álvarez Gardeazábal y el segundo de Arenas Prada hay una diferencia de 283.220 votos, y entre aquél y el candidato del populoso departamento de Cundinamarca hay una diferencia de 380.466 votos..

8 La inusitada proporción de las cifras citadas en la nota anterior no sólo le da al truncado gobierno del escritor gran legitimidad política y democrática, sino que igualmente le da mérito a la percepción popular de la presencia de una maniobra judicial que lo destituyó de este cargo año y medio después (1999) para anularlo como contendor político en la palestra nacional.

los sesenta por su predecesor en la Gobernación del Departamento del Valle del Cauca, Humberto González Narváez, y percibida inicialmente por los cronistas españoles en el siglo XVI. La noción del “País Vallecaucano” corresponde, según Álvarez, al reconocimiento del potencial social y económico del territorio del Valle del Cauca que logra hacer González Narváez en su calidad de “estadista” con “visión” y “aferrado por afecto a su terruño.” Agrega el autor en “Se llamaba...”:

El espacio geográfico contenido entre Santander de Quilichao por el sur, La Virginia por el norte, Barragán por el oriente y Buenaventura al occidente, lo delimita perfectamente. La estructuración geopolítica fundamentada en un rosario de ciudades intermedias a lo largo del valle geográfico y una de poblaciones menores incrustadas en las dos montañas le permiten una unidad socio-económica. La mezcla de razas y orígenes, costumbres y actitudes hasta hacerlo crisol inigualable en Colombia no ha conseguido establecer una nueva etnia pero sí el perfil de un ser humano calentano, bien diferente de los otros congéneres del país (Epílogo).

La capacidad de percepción de estos dos gobernadores de una cohesión geográfica, política y cultural de la región gobernada, así como de su potencial económico, sustentaban, según Álvarez, el ideal de una comarca vallecaucana autónoma en el contexto nacional. El principio y el fin de ese ideal trazan la trayectoria del discurso de esta obra que continúa el tipo de reflexión histórica y política reactivada con *Perorata* y desarrollada ahora bajo la enorme presión de su extraordinaria destitución, el turbio proceso a que se le sometió y su doloroso encarcelamiento.

Este examen de la historia de casi quinientos años de población, desarrollo económico, identidad cultural y avatares políticos de sus habitantes y sus líderes (es decir, desde que llegaron a la región los conquistadores españoles hasta hoy), pretende ser la continuación de una tradición de escritura de textos dedicados al Valle del Cauca iniciada en 1541 por Pedro Cieza de León con su *Crónica del Perú* y reafirmada después, según Álvarez, por Fray Pedro Simón y Juan de Castellanos, quienes “completa[n] la radiografía de ese Valle del Cauca que existió hace casi 500 años y que por varios miles de años muchos habitantes primigenios de él debieron contemplar” (Cap. I). A diferencia de la mirada impávida de Cieza ante la población indígena ausente por la violencia conquistadora, la mirada finisecular de Álvarez considera a los habitantes prehispanicos como agentes capaces también de admirar y vislumbrar la belleza y la posibili-

dad futura de ese valle feraz. Esta voluntad del escritor tulueño de considerar agencias sociales de diverso origen cultural, étnico y social (es decir, agentes distintos al *criollo* blanco, acomodado y de cultura euro-americana) será una característica sobresaliente a lo largo del ensayo.⁹

El epígrafe de Cieza, con que se inicia este trabajo, corresponde a una primera conceptualización en idioma castellano del potencial de este territorio para la construcción exitosa de un conglomerado social europeo. La última conceptualización de este territorio en tales términos sería la de Gustavo Álvarez en el ensayo histórico “Se llamaba el País Vallecaucano” y que ocupa nuestra atención aquí. Sin embargo, aunque Cieza de León sí escribió sobre sucesos acaecidos en el territorio correspondiente al actual Departamento del Valle del Cauca y lo describió en términos de potencial utópico, no pretendió escribir un texto global y único sobre él en sí mismo. La intención de Cieza fue la de escribir sobre la conquista del imperio inca por los conquistadores Pizarro y Almagro, y sobre las guerras civiles entre ellos. Sus referencias a los cacicazgos aledaños al antiguo imperio incaico, como por ejemplo aquellos localizados a lo largo del valle del río Cauca, intentan simplemente contextualizar su enfoque central peruano.¹⁰

Cieza narra, entre muchos otros sucesos, la entrada de Sebastián de Belalcázar y su ejército al territorio sur de la actual Colombia, quienes intentaban llegar a la Sabana de Bogotá en busca del llamado “Dorado”. Esa entrada conquistadora permitió la fundación de ciudades como Popayán, Cali, Neiva y

9 *Criollo* en el período colonial designaba a los descendientes de los recién llegados españoles o africanos (Arrom, 1971, 12, 14). Aquí entiendo el término *criollo* como un tipo de individuo identificado con un segmento de la población (en las *Indias Occidentales* ayer, y en Latinoamérica hoy) que ha preservado y reproducido un legado cultural occidental, un tipo de organización social y un sistema de distribución de riqueza y poder político que vino de la península ibérica y que lo ha beneficiado (en vez de a los nativos americanos, africanos o mestizos pobres) desde la época de la colonia. El status que reproduce supone no solamente una concepción del orden político y social que preserva los fundamentos de las instituciones de feroz explotación de las clases mayoritarias (indios, negros africanos y sus mezclas, y los blancos pobres) implantadas en la colonia, sino también una estratificación social y política con base en la blancura de la piel o la “pureza de la sangre” como se hacía en la colonia. David Brading considera al criollo a través de la historia de Latinoamérica como “un hombre blanco que intenta dominar una población en gran parte de color” (1991, 664). En estos mismos términos entiende Álvarez a la clase blanca que ha dominado el Valle del Cauca desde el principio. Para él, Pedro de Añasco y Juan de Ampudia son “los primeros blancos en contemplar el valle geográfico del río Cauca” (Cap. I).

10 Para una evaluación reciente del conjunto de la obra de de Cieza, véase el libro de Millones Figueroa (2001).

Timaná. Álvarez, por otra parte, no precisa que Cieza no es el único cronista que a mediados del siglo XVI escribió sobre el Valle del Cauca. Entre los conquistadores-historiadores más conocidos que le dedicaron atención a este territorio están: 1. el fundador de Buenaventura, Pascual de Andagoya, quien desde su prisión en Cali en 1540 (por orden de Belalcázar) escribió una larga carta relatoria a Carlos V, y después una relación en 1546 sobre su experiencia conquistadora en Panamá, el litoral pacífico colombiano, el valle del río Cauca y Perú (ver bibliografía); y 2. el primer cronista oficial de Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo, quien en su *Historia general y natural de las Indias* desde por lo menos 1526, escribía sobre las conquistas españolas ocurridas entre 1492 y 1548 (incluyendo las de los conquistadores más importantes que pasaron por este territorio). Estas aclaraciones no finiquitan, sin embargo, el acierto de iniciar este ensayo con mirada contemplativa y fundacional de Cieza, mirada que, como lo ilustra el segundo pasaje de 1990 con que se inicia este ensayo, ha fascinado siempre a Álvarez.

“Se llamaba el País Vallecaucano” pretende también ser un texto didáctico para las generaciones futuras de Colombia en un momento en que la noción de marras ha perdido ya vigencia para el autor. Como texto dirigido a la juventud es, indudablemente, *sui generis*, porque a pesar de su intención edificante, y a pesar de ser un discurso típico de construcción nacional latinoamericano, su poder no reside en la construcción de un ideal de nación, sino en la historia de su desmoronamiento. Esta pérdida de vigencia del potencial de prosperidad económica, política y humana del Valle del Cauca que había vislumbrado de Cieza en 1541, se desencadena con la destrucción del Álvarez político. Este ensayo sobre el departamento del Valle del Cauca, escrito en la época de la destitución de un gobernador elegido por amplio respaldo popular, se convierte, entonces, en un emblema de la desintegración del tejido material de la nación colombiana en una de las épocas más difíciles de su historia nacional.

El Álvarez Gardeazábal político que es asediado jurídicamente, y que como ensayista está forzado a escribir en prisión, contempla ahora un panorama en el Valle del Cauca antitético al luminoso contemplado por el de Cieza historiador, el Humberto González Narváez gobernador, y por el tulleño y otrora optimista candidato a la Gobernación. En esta oportunidad, sin embargo, la contemplación del siguiente escenario lúgubre compromete también al resto del territorio nacional: la guerra del Estado y los paramilitares contra la oposición y la disidencia política (asesinato de líderes civiles, sindicales e intelectuales), la lucha del Estado y los paramilitares contra alternativas políticas y militares rurales que se cristalizaron a finales del siglo XX en una guerrilla poderosa y criminalizada

(que al igual que las organizaciones paramilitares, da presencia política y laboral-militar a una amplia población del campo), la severa recesión económica y la neoliberalización de la economía con su consecuente destrucción de los programas de bienestar social y el aumento del desempleo, la inseguridad cotidiana producto de la guerra y la desintegración social, la emigración masiva al exterior de individuos de clase media sobre muchos de los cuales el país invirtió considerablemente en su educación, la rampante corrupción y el desprestigio de la clase política y las instituciones estatales, la intensificación de la interferencia de los Estados Unidos en su lucha contra el narcotráfico y el terrorismo en el territorio nacional, el respaldo y promoción de esta potencia de las políticas neoliberales en rigor en las últimas décadas así como su respaldo irrestricto a instituciones de seguridad como el ejército y la policía. Esta serie de factores sociales y políticos en el escenario nacional ya no pueden ser mirados como retos en el ejercicio de su condición de gobernador electo, sino como obstáculo que trastorna una contemplación utópica del Valle del Cauca.¹¹ Se suma a éstos aquel elemento personal que exacerba esta desesperanzada contemplación: la calculada y exitosa destrucción de su carrera política a pesar de su inmenso triunfo electoral.

Este panorama lúgubre contrasta, sin embargo, con el gran optimismo y energía que caracterizó la gestión política de Álvarez en torno a la Gobernación del Valle, primero como candidato, brevemente después como gobernador, y la cual se caracterizó por sus iniciativas de reconciliación nacional expresadas principalmente en su llamado al diálogo con la guerrilla.¹² Tales iniciativas le dieron

11 La actual encrucijada del país es el resultado de conflictos sociales sin resolver por muchos siglos. Al igual que en todas partes en Latinoamérica, las élites colombianas (rurales tradicionales o urbanas más recientes) que acaparan la riqueza y el poder, siempre han intentado —a la vez y contradictoriamente— preservar las relaciones raciales y sociales de la Colonia e implementar programas de modernización imitando a Europa occidental y Estados Unidos. En tal doble estrategia, estas élites han logrado preservar su posición privilegiada y mantener a las amplias masas pobres, por lo general de piel oscura, en perenne marginación económica, social y política. El ensayo de Álvarez, en su insistencia en registrar la capacidad de agencia política de las clases pobres y mestizas contra el abuso del poder acumulado —como veremos— demuestra tener en cuenta el factor de la discriminación racial en esta polarización de intereses políticos a través de los siglos en la historia colombiana.

12 Su temprana iniciativa de diálogos con las FARC creó ansiedad en Bogotá. En enero de 1998 el entonces consejero presidencial de paz, Daniel García Peña, vino a reunirse con Álvarez, a la sazón gobernador del Valle, para pedirle detalles sobre sus conversaciones con un frente de las FARC. “García-Peña dijo que el Gobierno respaldaba todas las iniciativas relacionadas con la búsqueda de salidas pacíficas al conflicto armado, pero señaló que estos procesos deben coordinarse con la Presidencia de la República” (véase noticias en <http://www.cajpe.org.pe/cronolog/eneco2.htm>).

al escritor esa gran visibilidad nacional que fue su gran triunfo, pero que también lo colocaron en una nueva palestra política llena de recelo, sospecha y hostilidad contra él; recelo frente a la legitimidad democrática de su mandato y el consecuente potencial político que eso suponía; sospecha por su legendaria intransigencia ante sus convicciones personales; y hostilidad frente a su homosexualidad abierta.¹³ Este último detalle de su orientación sexual, tan frecuentemente descartado como rasgo pintoresco del alcalde de Tuluá, constituye, en realidad, una de las diferencias políticas más serias entre Álvarez y los demás políticos colombianos a la sazón en la palestra nacional. Su condición de homosexual declarado es inseparable de su activismo político en contra de la discriminación y la violencia contra el ciudadano en razón de su orientación sexual en Colombia.¹⁴

Si hay una intención edificante en un texto escrito en la tribulación de la derrota política del escritor y la zozobra de su confinamiento carcelario, ¿en qué consiste este carácter edificante? Las pautas interpretativas que el autor ofrece de los hechos históricos narrados buscan lograr “entender esta región” (“A manera de advertencia”). Tal entendimiento supone que el lector advierta la continuidad de dos fuerzas contradictorias en la historia del territorio en cuestión. La primera corresponde al natural potencial que ha ofrecido la región para la unificación política y la prosperidad económica de sus habitantes tanto precolombinos como modernos (según se ve en las descripciones de de Cieza y Álvarez Gardeazábal citadas antes). La segunda fuerza corresponde a la pertinaz tendencia a la dispersión de sus habitantes, lo cual siempre ha frustrado tal potencial.

13 Ejemplos de estos recelo, sospecha y hostilidad contra el escritor se reflejan bien en la primera entrevista que el periódico *El País* de Cali (el más importante del departamento) le concedió a Álvarez a varios días de su puesta en libertad condicional. Las preguntas de quien lo entrevista hacen gran esfuerzo por incrementar el peso de su culpabilidad imputada por la Fiscalía, por minimizar tanto su amplio respaldo electoral como la sugerencia de que hubo una persecución política. Igualmente hurgan sobre su desazón personal ante la derrota política con el fin de sugerir que sus opiniones actuales sobre el manejo del poder en el Valle del Cauca es simple producto del resquemor personal. Finalmente intentan ridiculizar su orientación sexual como una condición enfermiza que iba a contaminar la Gobernación del Valle. Véase entrevista publicada en *El País* el 6 de enero de 2002 titulada “Entrevista dura con Gustavo Álvarez Gardeazábal”, <http://elpais-cali.terra.com.co/historico/ene062002/REG/A1206N1.html>.

14 Me refiero a sus airadas y persistentes protestas contra programas clandestinos de limpieza social de delincuentes, indigentes y prostitutas homosexuales en sus columnas en *El País*, *El Colombiano* y la revista *Cromos*. Según Álvarez, tales iniciativas criminales eran respaldadas por los gobiernos locales.

La explicación del desarrollo de estas tendencias milenarias se hace explorando la férrea extrapolación de dos sectores de la población, diferenciados racial, cultural y económicamente durante más de cuatro siglos: 1. una minoría española y/o euro americana dueña del poder político y económico que impone verticalmente su noción del orden social y que se mantiene en su privilegiada posición con el abuso, la corrupción, la represión y, principalmente, la resistencia al progreso de la comarca; y 2. las mayoritarias clases pobres, por lo general de extracción indígena, africana o sus mezclas (mestizos, mulatos, zambos), que pugnan por una transformación del *status quo*, para ellos desfavorable. En el contexto de esta oposición entre clases sociales diferenciadas también racialmente, Álvarez Gardeazábal incluye otra oposición, esta vez entre esa misma élite criolla y algunos de sus propios líderes destacados por sus osadas iniciativas de transformación social y su influencia política o cultural sobre el resto del país. Dos de esos líderes traicionados o despreciados por la élite valluna son José María Cabal, el ilustrado guerrero revolucionario de la independencia, entregado por sus paisanos del Valle a las fuerzas de la pacificación realista en 1816, y Jorge Isaacs quien, antes de morir en 1895 en Ibagué, prefirió que no lo enterraran en el Valle del Cauca, sino en el departamento de Antioquia.¹⁵

La inteligencia de estos hombres, la variedad de iniciativas progresistas y el impacto nacional de su actividad política superaron las estrechas expectativas y la tolerancia de una clase social conservadora y miope que se resiste contumazmente al cambio. El texto traza de esa forma obvias similitudes entre las relaciones de esta élite con estos hombres en el siglo XIX, y con Gustavo Álvarez a fines del siglo XX. Esta similitud permite leer el texto, entre otras formas, como la historia personal de un fracaso ineludible: la adopción e intento de ejecución de la noción del “País Vallecaucano” en un territorio dominado por aquella poderosa élite forjada en el período colonial. La lección de historia ofrecida a la juventud vallecaucana, por su parte, además de ser un lamento por el deceso de tal noción, es también una biografía colectiva de las tribulaciones de personajes insignes que, en opinión de Álvarez, osaron retar el poder de los criollos del Valle del Cauca. Además de esta identificación implícita con Cabal e Isaacs, Álvarez asocia su propia capacidad de reconocimiento de la unidad geográfica y cultural del valle del río Cauca —como vimos— con la de aquellos

15 Sobre José María Cabal véase Andrade (1973); sobre Isaacs véase Arboleda (1962).

observadores europeos del siglo XVI. El carácter edificante del texto está, entonces, en su intento de promoción de una necesaria desconfianza en la clase alta vallecaucana.

En el “Epílogo”, Gustavo Álvarez (ahora personaje del texto) contempla la amplitud, feracidad y potencial del Valle en un gesto similar, según nos aclara, no ya al del historiador Cieza, sino a los de Pedro de Añasco y Juan de Ampudia, los conquistadores que enviados por Belalcázar desde Quito para buscar una ruta hacia “El Dorado”, fueron los primeros europeos en entrar al territorio. Hay, por supuesto, una diferencia en tal contemplación, ya que la de los conquistadores del siglo XVI corresponde al reconocimiento de un potencial épico y fundacional, mientras que la del escritor vallecaucano, convertido en gobernante depuesto y político aniquilado, es la de la conflagración de tal potencial y sus consecuencias para el país.

“Se llamaba el País Vallecaucano” entonces, como ensayo de pretensiones didácticas, tiene una estructura que depende de paralelos entre personajes y hechos históricos de distintas épocas.¹⁶ La lectura cuidadosa de la historia, en manos de un lector osado e inteligente —sugiere el autor— puede traducirse en la transformación de vicisitudes políticas en la vida de la nación colombiana hoy. La acción y la lectura son, para Álvarez, actividades de factible complementariedad, así como en su caso lo son la experiencia de gobierno y la experiencia de la escritura de novelas. Al final del ensayo, la acción resultante de ese contacto con la historia del Valle del Cauca no es, sin embargo, el planteamiento de una utopía social, sino el lamento de su imposibilidad.

A pesar de que hombres como José María Cabal y Jorge Issacs hacen parte de esta misma élite vallecaucana ampliamente criticada en el texto, tanto el patriota bugueño fusilado en Popayán por los realistas como el despreciado estadista y escritor romántico caleño, se convierten no sólo en víctimas de ella sino también —según sugiere Álvarez a través de todo el ensayo— en víctimas del pueblo en general. Todos “los habitantes de su tierra” tienen “más de memoria de gallina que de visión patriótica” (Cap. III). Ilustrando la traición a José María Cabal por sus vecinos de Buga, Álvarez Gardezabal habla de esos

16 No es ésta una estrategia nueva en los ensayos de Álvarez. En uno de los artículos de *Perorata* titulado “La reencarnación del Cabrero”, por ejemplo, el autor compara las coyunturas políticas y el genio del estadista en torno al presidente decimonónico Rafael Núñez, defensor de la constitución de 1886, y al ex-presidente César Gaviria, director de la OEA y defensor de la constitución de 1991. La intención es la de establecer paralelos entre alternativas políticas posibles en distintas épocas de la historia del país (1997, 36-39).

habitantes del Valle que “no permitieron ni antes ni lo han permitido después que alguien [algún] vallecaucano surja con valentía y vigor al mando de la región” (Cap. III). Es difícil, por supuesto, no leer esta afirmación como una asignación de culpabilidad no solamente contra las poderosas élites que lo destruyeron políticamente (caracterizadas como “oligarquía miope y clasista”, Cap. IV), sino también contra la población en general que no apoyó visiblemente al gobernador asediado jurídicamente por sus enemigos políticos. Dice Álvarez del pueblo vallecaucano en general:

La lentitud en el hablar, la incapacidad evidente de emprender grandes batallas. La admitida noción de soportar sin estallar hasta el más grave de los oprobios o la de aceptar como verdad velada la historia que escribieron los blancos sin derecho a analizarla. El vacío o la falta de fe en las gestas de sus gentes como la de opacar la rebelión de la plebe de 1778 o la declaración de apoyo a la independencia de Quito de los negros de Tuluá en septiembre de 1809 para no sentirnos orgullosos de lo que hemos sido capaces de hacer (Epílogo).

Sin embargo, las razones de la descripción de la población vallecaucana con este fatalismo y determinismo étnico-geográfico (para algunos muy ofensivo)¹⁷ no están en una simple vindicación personal del Álvarez indignado. Esa sería una explicación simplista si consideramos que descripciones de conglomerados sociales en términos de su “carácter” u origen étnicos desmejorados hacen parte de una vieja tradición literaria en los países de habla hispana y también en la misma Colombia.

La caracterización de Álvarez reproduce el sociologismo y evolucionismo positivista de aquellos intelectuales que después de reconocer con gran consternación la decadencia o atraso de sus respectivas naciones en la carrera hacia la Modernización, se explican tal condición con conceptos clínicos y en términos de una “enfermedad” nacional. El caso del desastre español como resultado de su infeliz choque con el poder militar y económico de los Estados Unidos en 1898, por ejemplo, llevó a los intelectuales de la llamada “Generación del 98” a explicarse la lamentable, y ya para entonces continuada e inocultable,

17 Este tipo de caracterización ha provocado enorme indignación en algunos lectores del ensayo. Véase como ejemplo los comentarios de Alberto Silva Scarpetta en el periódico *El País* (lunes, 16 de julio de 2001), titulado “¿Por qué los bugueños?”, y “¿Vallecaucanos mafiosos?” en el mismo diario (lunes, 3 de septiembre de 2001), disponibles en la página Web de Álvarez: http://tulua.teletulua.com.co/gardeazabal/indice_comentario_obras.htm.

situación española como una dolencia colectiva que no consideraba diferencias de clase social. La “modorra” que Álvarez Gardeazábal le atribuye a los habitantes del Valle del Cauca como causante de su atraso y miopía, recuerda bien la “abulia” que Ángel Ganivet le atribuyó en su *Idearium español* a los españoles de la época como causante de su rezago ante la Modernidad europea (Aronna, 1999, 24).¹⁸

El caso latinoamericano es muy similar en la misma época cuando los programas de modernización nacionales produjeron nuevos discursos de legitimación del poder de sus élites. Ese discurso debía a la vez preservar los privilegios sociales de los criollos en el poder y transformar la economía latifundista. Los intelectuales latinoamericanos del siglo XIX y principios del XX, ocupados en la reflexión sobre la organización social, reelaboraron lo que Aronna llama con acierto un “discurso de la degeneración” de corte positivista, cuya premisa básica era la de que la supuesta inferioridad étnica del pueblo, problema con el que había que lidiar a la hora de desarrollar racionalmente la infraestructura nacional a la manera de Europa moderna y Estados Unidos. Para ello se propuso una combinación de soluciones que incluía la educación, la inmigración europea y/o el genocidio.

Domingo F. Sarmiento,¹⁹ un gran promotor del sistema de educación que conoció en los Estados Unidos, propuso, por ejemplo, el reemplazo violento de los gauchos y los indios con inmigrantes europeos como condición para la modernización de Argentina, después de concluir que aquéllos eran racial y culturalmente deficientes. Francisco Bulnes (1975), por su parte, convencido de esa misma deficiencia en Latinoamérica, hace un estudio comparativo del valor nutritivo en la alimentación de los pueblos de las regiones septentrionales y de los de la zona tórrida. Su peregrino estudio concluye que los pueblos que se alimentan de productos pobres en proteína como el maíz (de los indios americanos) y el arroz (de los asiáticos) están condenados al subdesarrollo, mientras que los pueblos alimentados con el trigo (como los de Europa y Norteamérica) están siempre en camino del progreso.

Están también los ejemplos dicentes de Alcides Arguedas y Carlos Octavio Bunge. Arguedas en *Pueblo enfermo* (1909) expresa su desilusión con las

18 Además del texto de Ganivet, y entre otros, Aronna cita *El problema nacional* (1899) de Ricardo Macías Picavea, *El alma castellana* (1899) de J. Martínez Ruiz y *Psicología del pueblo español* (1902) de Rafael Altamira.

19 Véase *Civilización y barbarie o vida de Juan Facundo Quiroga* (1845).

políticas liberales de modernización de Bolivia, y a partir de nociones positivistas, que consideraban el mestizaje como la raíz de la debilidad de los pueblos, concluía que la herencia indígena incapacitaba al pueblo boliviano para el desarrollo económico y la organización política parlamentaria modernas. Por su parte Bunge, en *Nuestra América* (1903), recurre a un determinismo geográfico y genético para “diagnosticar” la “enfermedad” de la Argentina. Su conclusión, reafirmando ideas ya expresadas por Sarmiento, fue que el problema de la Argentina era racial por la mezcla errónea de españoles, indios y negros. Bunge, sin embargo, y al igual que la mayoría de este tipo de intelectual de principios del siglo XX, ve una esperanza de redención social en las iniciativas de la población blanca de cultura europea. Y para no ir más lejos, en Colombia tenemos, entre muchos, el caso de Luis López de Mesa quien, reflexionando en 1939 sobre los problemas de la nación colombiana en los mismos términos, considera que el carácter —para él— deleznable de los pueblos Muisca reproduce su morbidez en los colombianos de clase baja del siglo XX. López de Mesa nos habla de los “vicios dominantes de la raza” que tienen una “subsistencia en el mestizo contemporáneo” y que se expresan en “la pobreza y desgana de vivir” y en la “decrepitud moral del vencimiento” (1939, 228).²⁰

En términos de su estructura, este ensayo histórico es producto de una doble mirada supraperspectiva. La primera se extiende sobre la trayectoria escrituraria de casi cinco siglos de historia del Valle del Cauca, desde los textos de de Cieza de León, Fray Pedro Simón y Juan de Castellanos, hasta los de los historiadores contemporáneos del Valle del Cauca como Gustavo Arboleda, Harold Rizo Otero, Óscar Gerardo Ramos, Joaquín Paredes Cruz y otros.²¹ La segunda se explora imaginariamente sobre el territorio del Valle del Cauca desde distintas épocas (siglo XVI y siglo XXI) y distintos puntos cardinales

20 El número de intelectuales que en Latinoamérica ve el subdesarrollo no en términos de persistentes inequidades económicas y sociales, sino en términos de la enfermedad étnica de la mayoría de la población es inmenso. Algunos más de ellos son: José María Ramos Mejía con *La neurosis de los hombres célebres en la historia Argentina* (1878); César Zumeta con *Continente enfermo* (1899); Fernando Ortiz con *Los negros brujos. Apuntes para un estudio de etnografía criminal* (1905); Manuel Ugarte con *Enfermedades sociales* del mismo año; Salvador Mendieta con *La enfermedad de Centro-América* (1910), etc.

21 Me refiero a la amplia bibliografía consultada por Álvarez Gardeazábal que tiene textos globales sobre el Valle como: *Historia de Cali*, de Gustavo Arboleda (Cali: Universidad del Valle, 1956); *Apuntes para la historia regional del Valle del Cauca*, de Harold Rizo Otero (Cali: Corporación Universitaria Autónoma de Occidente, 1999); *Sembrando bienandanza*, de Óscar Gerardo Ramos (Cali: Ingeniería Gráfica, 1998); *El Valle del Cauca. Historia y realidad*, de Joaquín Paredes Cruz (Cali: Imprenta Departamental, 1998), etc.

(desde el extremo sur y el extremo norte del valle del río Cauca). La mirada de los conquistadores desde el extremo sur del valle corresponde al origen celebrado de la noción del Valle próspero y autónomo: “Cuando Juan de Ampudia y Pedro de Añasco llegaron a Quilichao desde Quito cumpliendo órdenes de Sebastián de Belalcázar [...] debieron haber tenido ante sus ojos un espectáculo delirante” (Cap. I). La segunda mirada sobre ese valle desde el extremo norte está en el epílogo de la obra. Se trata de la del Álvarez personaje y corresponde a un ocaso lamentable del potencial del territorio antes celebrado. El paisaje no es ahora delirante sino desolador:

[yo] no sentiré el mismo asombro [de Añasco y Ampudia], pero repetiré el gesto de esos conquistadores. Desde el otro extremo del valle, desde las montañas arriba de Cartago, haré igual a los conquistadores de Belalcázar, miraré la extensa llanura verde, totalmente verde de caña de azúcar, sin bosques ni guaduales, sin pastizales ni iguazas surcadas todavía por el mismo río sinuoso (Epílogo).

Con esta técnica de identificaciones, “Se llamaba el País Vallecaucano” se presenta como un testimonio personal de la genealogía de la traición y el fracaso sufridos por el Álvarez político y también por todos aquellos líderes de proyección nacional que a través de la historia local se han atrevido a pensar por encima de las expectativas de la oligarquía valluna y han tenido que sufrir las consecuencias.

La propuesta de una historia del territorio del Valle del Cauca en torno a aquella contradicción entre su potencial como país independiente y la desintegración de ese potencial bajo el mal influjo de sus habitantes, permitiría situar el ensayo de Álvarez en la mencionada tradición decimonónica y de principios del siglo XX del diagnóstico del pueblo enfermo. Hay en el caso de Álvarez, sin embargo, grandes diferencias. Particularidades del medio geográfico y climatológico así como algunos rasgos definibles del origen étnico del habitante valluno se conjugan en “Se llamaba...” para explicar la historia del fracaso de la noción del País Vallecaucano. Existe en él una mala ingerencia española e indígena que da como resultado un pueblo, si no enfermo de herencia indígena espuria, al menos debilitado por falta de cohesión socio-política. Y en el caso concreto de los españoles, su “carácter”, unido a la imposición de su legado cultural, es muy determinante en la definición de la situación actual de Colombia y el Valle del Cauca:

De quienes sí se sabe cuál es su origen y carácter, es de los españoles que se arrimaron como conquistadores. Su saña, su vesania y su deseo inconmensurable de hacerse ricos de la noche a la mañana, los llevó a mostrar que no en vano la gran mayoría de ellos, como en los primeros viajes de Colón, provenían de las cárceles o guardaban ancestros asesinos (Cap. I).

Este discurso de la degeneración nacional ya había sido desarrollado por Álvarez Gardeazábal en *Perorata*. En su ensayo “Lo de violentos nos viene de más atrás” (1997, 14-16), plantea que es la síntesis de dos factores (uno étnico, otro cultural) la que explica el carácter violento supuestamente propio del colombiano. Primero, la mezcla de tres etnias violentas: la española conquistadora, la indígena de las guerras civiles prehispánicas, y la africana de las guerras que generaron la trata de negros (15); segundo, la imposición vertical de una moral católica en versión española (16).²² En este ensayo Álvarez intenta refutar un estudio sobre el “carácter violento” de los colombianos que atribuye tal supuesto rasgo a las técnicas tradicionales de disciplina en los hogares (se refiere a “una encuesta efectuada por *Cambio 16* y dos psicólogos, Otto y Paulina Kemberg”, 14). Aceptando la premisa básica de la existencia de ese carácter, Álvarez busca, en cambio, su origen en rasgos étnicos y culturales primigenios. Ésta no es, por supuesto, una idea nueva en Colombia, ya que allí tradicionalmente se ha tendido a considerar los problemas sociales del país y en particular la persistencia de la violencia como producto de una influencia biológica de la raza aborigen. La atrocidad de La Violencia después del asesinato de Gaitán —para dar un ejemplo solamente—, se ha tratado de encontrar en la herencia perniciosa y vigente de los llamados indios pijaos.²³

22 Al recurrir a la idea de la explosiva mezcla del carácter español con el catolicismo, Álvarez retoma un aspecto central del discurso europeo de la degeneración. Para el caso concreto de España (excluida por ese discurso de la Modernidad y el progreso) la mentalidad católica (alejada de la razón y de la ciencia) se convierte en ingrediente clave para la condición de España como nación retrógrada. Según Aronna (1999, 17), intelectuales como Kant y Hegel veían en la “leyenda negra española” un ejemplo claro de la avaricia y la crueldad de una conquista orientada por el fanatismo religioso que después se trasladó a los habitantes de la América española (eso es básicamente lo que dice Álvarez Gardeazábal). Ni Kant ni los epígonos del discurso de la degeneración admiten, sin embargo, que la violencia colonialista en América compromete también a naciones consideradas modernas y/o no católicas como Inglaterra, Francia, Holanda y Alemania.

23 Véase a este respecto el estudio sobre La Violencia de Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Bernal de 1964. Según este estudio, algunos opinan que “el antecedente de la violencia habría que buscarlo en el ancestro aborigen”, en particular los pijaos, ya que las tribus indígenas eran “generalmente sanguinarias y atroces” (384-385).

Por supuesto y a pesar de la gran vigencia de esta idea en Colombia, los colombianos no se diferencian de los demás pueblos de Latinoamérica o del mundo por ser esencialmente violentos. La realidad es otra. Si algunos colombianos con frecuencia recurren (y han recurrido) a la violencia para resolver sus diferencias, no lo hacen por ingerencia de un origen étnico espurio ni de una tradición cultural malograda.²⁴ Lo hacen, en cambio, por la persistencia de injustos sistemas de distribución de riqueza y poder, así como del monopolio de la expresión política en manos de los poderosos, lo cual con mucha frecuencia le deja pocas alternativas de negociación a un gran sector de la población. Pensar de otra manera supone, en primer lugar, que otros pueblos distintos al colombiano son pacíficos por naturaleza, y, por consiguiente, más “civilizados”. Esto es una falacia basada en la división que Occidente hace del mundo y las cosas entre los pueblos “cultos” y los “bárbaros”, los racionales y los instintivos o, en últimas, entre la bondad de la Modernidad y la maldad del subdesarrollo. Tal actitud fatalista de muchos en Colombia al reflexionar sobre la situación del país tiene un efecto muy negativo para el futuro de las grandes mayorías que no gozan de bienestar social: naturaliza, es decir, convierte en “normal” e inamovible, el *status quo*; consecuentemente paraliza las iniciativas de transformación social y política, lo cual, nuevamente, reafirma el *status quo*. Tal reafirmación es precisamente lo que quieren (y siempre han querido) quienes gozan del monopolio de la riqueza y el poder en Colombia.²⁵

Según Álvarez, a pesar de que el valle geográfico del río Cauca permitía y llamaba a la unificación de sus habitantes prehispánicos, éstos no lograron unirse para combatir al conquistador español debido a esa esencial deficiencia atávica. Tampoco pudieron hacerlo los españoles, o sus descendientes los criollos, ya que los conquistadores poseían, como ya lo indicó, “ancestro de asesinos” (Cap. I). Ese ancestro le explica a Álvarez la depredación del Valle del Cauca por Sebastián de Belalcázar, depredación que —como vimos— trajo

24 Dije “algunos” colombianos porque como cualquiera puede atestiguar, no solamente no todos los colombianos son violentos, sino que la inmensa mayoría de ellos no recurren, ni han recurrido en otras épocas, a la violencia sobre los otros para dirimir diferencias.

25 A riesgo de parecer idealista, creo que si se llegara el día en Colombia en que a los poderes pertinentes (la burguesía, la clase política, algunos sectores del Ejército, etc., así como potencias extranjeras como los Estados Unidos) les conviniera la estabilización social del territorio colombiano con base en una mejor distribución de las oportunidades de trabajo y de la expresión política (es decir, con base en mayor participación social democrática) y se implementara esa estabilización, los colombianos dejarían de recurrir a la violencia —o apoyarla indirectamente— con tanta frecuencia. Lo mismo se puede suponer de la situación en otros pueblos, sea el de Bosnia, Afganistán, El Salvador, Somalia, Irlanda del Norte, etc.

como resultado la despoblación del Valle de la mayoría de su población nativa original. Eso tampoco contribuyó, por supuesto, a la unificación potencial del territorio, sino, en palabras del ensayista, a la “feudalización” constante de sus habitantes por milenios, lo cual crea “esa gran característica de la insolidaridad del vallecaucano” (Cap. I).

A pesar de la presencia de este tipo de argumentación determinista, de sus semejanzas con ensayistas como Sarmiento, Bulnes, A. Arguedas, etc., y a pesar de su desconfianza en las mezclas étnico-culturales en relación con el futuro del conglomerado respectivo, el ensayo de Álvarez Gardeazábal no depende de una premisa central de todos los ensayos anteriormente mencionados: de una jerarquía esencial de las razas humanas en la cual la blanca descansa en la cúspide. Una temprana articulación de este argumento (diseñado para justificar la expansión imperial europea decimonónica, y en reacción al socialismo y la teoría marxista) la hace Gustave Le Bon en 1894. Esa articulación fue muy influyente en el pensamiento etno-sociologista y etno-psicologista de los intelectuales positivistas de la época. Hay cuatro tipos de razas, según Le Bon: primitivas, inferiores, mediocres y superiores. De estas últimas dice lo siguiente:

Solamente los pueblos indo-europeos se pueden clasificar como razas superiores. Tanto en la antigüedad, en la época de los griegos y romanos, como en la época moderna, solamente ellos han sido capaces de invenciones en las artes, las ciencias y en la industria. Es a ellos a quienes se les debe el alto grado que ha alcanzado la civilización en nuestra época (1912, 27-28).²⁶

El texto de Álvarez se diferencia de los ensayistas positivistas mencionados en un elemento crucial: la crítica de la supuesta insolidaridad y parsimonia del pueblo vallecaucano que le ha impedido realizar la gran unidad potencial del territorio, no supone la validación y celebración de las razas y cultura europea, ni su consecuente denigración de las razas y culturas americanas y africanas. Para Gustavo Álvarez, la gran responsabilidad del malogrado proyecto de unificación del territorio está principalmente en el tipo de orden social impuesto por élites dominantes desconsideradas y retrógradas. Corolario necesario de esa culpabilidad es la presencia de la esperanza de redención social en el potencial renovador de las clases bajas con su origen racial y su tradición cultural diversos. Entre los ejemplos que da Álvarez de este potencial constructivo y

26 La cita es mi traducción del texto consultado en inglés.

nunca respaldado debidamente de las clases populares y de color se pueden destacar cuatro: 1. la rebeldía justa y precursora de la independencia de los negros y mulatos de Buga y Tuluá en 1778 (es decir, antes de la rebelión de los Comuneros de Santander); 2. la rebelión precursora de la independencia de la población negra y mestiza de Tuluá y Palmira en 1809; 3. la vitalidad política y la solidaridad edificante de “las gentes del común”; 4. el éxito de las luchas sindicales del Valle a mediados del siglo XX.²⁷ La centralidad del factor racial en la consideración de los fenómenos sociales y políticos es evidente en Álvarez y lo diferencia bien de los ensayistas mencionados antes.

El carácter testimonial y personal de este ensayo, la enfática denuncia del inicuo y persistente *modus operandi* de la clase alta vallecaucana, su decepción frente al malogrado potencial del territorio y la condena final que hace de él al augurar su desintegración geo-política divulgan la gran indignación del ensayista. Se trata, al fin y al cabo, de un ensayo escrito en la cárcel; se trata también de que es claro, tanto para Álvarez como para el pueblo vallecaucano que lo eligió, que el proceso al que se le sometió y la condena resultante que pagó es el ejercicio palmario del poder de un sistema judicial selectivo y parcializado hacia los poderes económicos y políticos de la región. Sin embargo, y a pesar de esa indignación, el texto tiene gran valor como documento reflexivo sobre los hechos históricos en un país que atraviesa una de las peores crisis de su historia. Hay cuatro razones para considerarlo así.

27 Citas respectivas del texto: 1. “Pero fueron ellos [los ‘mestizos o pardos’] al mando quienes consiguieron en Tuluá y Palmira levantar el primer grito de protesta contra el gobierno impositivo de los virreyes y la hegemonía española. Y, sobre todo, quienes lograron que la orden esclavista de enviar a la plebe a construir el camino [del Chocó] como en las épocas del imperio romano no se cumpliera ni se siguiera ordenando” (Cap. I); 2. “En 1809, la rebelión primigenia vuelve al País Vallecaucano y acaso teniendo como eco las fuerzas libertarias de Quito, los negros de Tuluá se rebelan para acabar con los estancos y apoyar al presidente Montúfar de la capital ecuatoriana negándose a integrar las dos expediciones que desde Buga y Cali dizque irían a disputar en Quito contra la junta libertaria” (Cap. II); 3. “Pero cuando llega el período revoltoso de las sociedades de artesanos y la presencia de José Hilario López se abre paso en medio de una revuelta de pobres, en el valle geográfico del río Cauca el clima está alborotado no porque los artesanos se han conformado en grupos tan poderosos como en Santa Fe u otras partes del país, sino porque en más de una oportunidad, entre 1841 y 1848, las gentes del común, desesperadas de ver morir sus ganados de hambre por las cercas y zanjas que los ricos hacendados invasores de ejidos han levantado, las tumban y rellenan en tumultuosas revueltas y pretenden recuperar para el estado y obviamente para todos, las propiedades de tan extensos ejidos” (Cap. III); y 4. “Como sucedió con los verdaderos precursores de la independencia, con los rebeldes de Tuluá y Palmira en 1778, los huelguistas del Ferrocarril del Pacífico [se refiere a una huelga de 1926] ganaron su partida y consiguieron los cambios fundamentales en la estructura salarial demostrándole por primera vez a los obreros de Colombia la fuerza del sindicalismo y la utilidad de la herramienta de la huelga” (Cap. IV).

1. El ensayo exhibe una investigación de gran magnitud que incluye no solamente textos históricos escritos entre principios del siglo XVI y finales del siglo XX, sino también, y significativamente, libros y monografías de historia de las distintas regiones del Valle del Cauca o de sus municipios. Estos textos regionales corresponden a investigaciones (en su mayoría recientes) sobre estos subterritorios del Valle del Cauca, llevados a cabo por autores poco conocidos y en torno a los centros culturales o de educación superior respectivos. Este tipo de investigación es un homenaje del autor a los esfuerzos regionales del pueblo vallecaucano para pensar su historia así como una expresión de su confianza en la investigación histórica local. Como resultado de este tipo de investigación, “Se llamaba el País Vallecaucano” se convierte en una lectura de conjunto de las historias regionales del Valle del Cauca hechas en la segunda mitad del siglo XX y en un contexto global departamental y nacional.²⁸

2. El ensayo tiene la virtud de ser el primer examen global de los hábitos impercederos y efectivos de la élite criolla regional para proteger sus privilegios, su poder político sin miramientos éticos o morales y reproducir un *status quo* para ella favorable.

3. El ensayo propone examinar la historia de la región a partir de la consideración positiva de la diversidad racial, cultural y de clase social, lo cual lo aparta de las aproximaciones no sólo de los positivistas mencionados antes (tan dependientes de la noción de la superioridad de la raza blanca), sino también de los historiadores o comentaristas colombianos para quienes la solidez y validez de la cultura colombiana depende del tipo de adopción que ella haga de la cultura europea considerada superior (el caso de un historiador cultural tan ampliamente promocionado en Colombia como Germán Arciniegas es, a mi modo de ver, un buen ejemplo).²⁹

28 Vale la pena citar algunos ejemplos de la bibliografía (de un total de 51 entradas) del ensayo de Álvarez: *Monografía del Municipio de Yumbo, Valle del Cauca* de Fabio Lenis Satizábal (Cali: Artes Velvas, 1996); *Sevilla, Valle del Cauca, otro hito de una concepción colonizadora* de Ulises Vázquez Vargas (Cali: Imprenta Departamental del Valle, 1998); *Caicedonia. Síntesis histórica, geográfica y socio-económica de una gran ciudad* de Roger Ríos Duque (Cali: Cooperativa de Caficultores de Caicedonia, 1974); *Versalles, historia y geografía* de Francisco Gálvez Osorio (Manizales: Renacimiento, 1967); *Candelaria, 1950-1990* de Isaías Gamboa y Walter Moreno (Cali: Universidad del Valle, 1992); *Remembranzas de Cartago* de César Martínez Delgado (Bogotá: Presencia, 1985); *Historia de Toro* de Diógenes Piedrahíta (Cali: Imprenta Departamental, 1957); “Esbozo de la historia del Municipio de la Unión Valle”, trabajo de grado presentado por Lorena Millán Torres y James Eliécer Ramírez, Universidad del Valle, Zarzal, 1997, etc.

29 Dice Arciniegas, por ejemplo, en *América y Europa* (1975): “Después del cristianismo, nada ha producido un cambio tan radical en el pensamiento europeo como la presencia de América.

4. Finalmente, este ensayo tiene otra virtud: la combinación que logra hacer de la investigación histórica con la práctica política, una combinación que si bien no le trajo al autor satisfactorios resultados, sí le permite ofrecer su experiencia de escritor y político como evidencia viva de la denuncia que hace y de la historia que nos cuenta.

En una mirada posible al futuro de la región, Álvarez plantea en tono premonitorio: “El sentido de derrota que se vive a todo lo largo y ancho de este territorio que se llamaba el País Vallecaucano puede ocasionar cuando no la disolución sí la partición del departamento en el nuevo mapa geopolítico que se impondrá por consenso entre colombianos o a la fuerza por decreto de las potencias extranjeras” (Epílogo). ¿De qué manera la historia del colapso de la noción del País Vallecaucano augura la desintegración de la nación colombiana? Destruído el milenario potencial de cohesión social, económica y política por efecto de la ineptitud y corrupción de sus clases dirigentes, y también, según Álvarez sugiere, por la desidia y resignación en que cayeron las clases populares, un sector del territorio y sus gentes buscarán una síntesis política orgánica alternativa y contraria a la soberanía del gobierno de Cali. En otras palabras, ante el colapso del potencial material y humano del Valle del Cauca por falta de liderazgo, una sección del departamento buscará unirse al departamento de Antioquia, el cual le ofrecerá no sólo la cohesión geográfica y política que los gobiernos de Cali y Bogotá no le proveyeron, sino también aquella paz y prosperidad económica que sus gentes siempre han merecido. En palabras de Álvarez:

Pensar más bien en conformar hacia el futuro una región que se olvide de la macro ignorancia de Cali, que arranque la caña desde los ríos Tuluá y Riofrío hacia el norte y restituya la capacidad de trabajo de la tierra y de sus gentes sembrando de frutas exportables y de cereales la

Hasta el día anterior a la revelación del nuevo continente, la tierra podía considerarse como obra de los dioses, pero era una obra manca, inconclusa; una máquina de maravilla... a la cual le faltaba una pieza esencial” (13). Según esto, el universo cultural europeo es la “máquina”, es decir, el motor esencial de la historia de la humanidad. América es sólo una “pieza” que influye mucho pero no altera el diseño de Europa. Lo substancial es europeo. Lo contingente, americano: “Con el viaje de 1492 el hombre de Occidente se realiza, entra a la realidad [...] América libera el pensamiento europeo, lo redime” (14). América, en su deficiencia esencial encuentra su lugar (inferior) en el contexto ofrecido por Europa (superior). El ensayo de Álvarez, al considerar la diversidad racial y cultural en la construcción de la cultura social y política colombiana, rompe con esta jerarquización conceptual de Arciniegas.

llanura [...] y sobre todo que no le dé miedo incorporarse al ritmo del Quindío y de Risaralda para poderse plantar en firme a la hora de negociar la pertenencia a la nueva nación que teniendo como capital Medellín tratará de expandir sus fronteras. Pensar en ese futuro abjurado de la nacionalidad vallecaucana será tan sólo restablecer el sentido común de la geopolítica (Epílogo).

Tal desmembramiento de la parte norte del departamento del Valle y su unión a la nueva nación cuya capital será Medellín es, por supuesto, una ficción emblemática que le da expresión a la percepción de desamparo no sólo del autor sino también de muchos colombianos ante el futuro del país en los albores del siglo XXI. En tal percepción predomina la certeza de una desintegración política y moral de la textura social acompañada de una desintegración del territorio nacional, desintegración que la prensa nacional e internacional ha registrado hasta la saciedad, aludiendo no solamente a la desestabilización que el actual conflicto colombiano causa en su concierto de fronteras con Panamá, Venezuela, Brasil, Perú y Ecuador, sino también con la sombra constante de una posible intervención militar norteamericana.

En el emblema futurista de este ensayo —colocado en el epílogo en donde la ficción se hace más permisible— Álvarez Gardeazábal, el escritor político y soñador derrotado se sitúa, como vimos, en el extremo norte del Valle del Cauca y en camino a su exilio en Antioquia, y echa una última mirada al amplio territorio, un territorio dominado ahora, no por la flora nativa, o por “los llanos con su yerba” como lo vio Cieza de León en 1541, sino por el verdor exclusivo de los cañaduzales. Esta última mirada revela, por supuesto, una desolación personal, pero una desolación compartida por otros personajes históricos que sufrieron tribulaciones similares.³⁰ Esta nueva mirada es, entonces, plural, ya que combina los restos fundacionales de la de los conquistadores del siglo XVI (véase primer epígrafe con que se inició este trabajo) con la mirada indignada de las víctimas José María Cabal y Jorge Isaacs, quienes significativamente mueren después de salir derrotados del Valle del Cauca. La confluencia de la derrota, la contrariedad y la resignación en esta nueva mirada —como aquella de quien escapa del barco durante el naufragio— no impide, sin embargo, que albergue en la imaginación geopolítica de Álvarez la esperanza del surgimiento de una

30 “Y no tendré el mismo asombro porque acaso estaré mirando ese paisaje con la nostalgia y la fruición que tuvo Jorge Isaacs cuando salió derrotado para siempre de esta tierra o lo estaré repasando quizás con la furia y resignación que tuvo José María Cabal ante la llegada de sus captores oteando el valle desde sus lomas de La Concepción de Amaime” (Epílogo).

nueva nación libre de la severa mirada de la burguesía del sur del Valle del Cauca.

¿Cuál es el asidero histórico de tal posibilidad de desintegración territorial? Es el antecedente independentista que, según Álvarez, siempre ha tenido Antioquia y que tuvo especial pálpito con el ejemplo separatista de Panamá a principios del siglo XX, separación unida también a la intervención militar norteamericana. Antioquia y el Valle perdieron, entonces, una posibilidad histórica de autonomía. La actual crisis nacional de guerra entre el Estado y la guerrilla, y de la crisis económica y política, proponen un escenario difícil de vislumbrar, y el que se resuelve en “Se llamaba el País Vallecaucano” con la ficcionalización del resquebrajamiento no sólo del Valle del Cauca, sino de la República de Colombia.

Paradójicamente, un ensayo que consistentemente critica el carácter retrógrado, inicuo y miope de las élites, y la parsimonia y la resignación del pueblo vallecaucano como responsables de su desgracia, termina proponiendo como única alternativa la resignación, la retirada y el refugio en la imaginación utópica. Es una actitud desesperanzada que poco debe sorprendernos en un ensayista que reflexiona sobre la historia nacional de un país inmerso en guerra entre el Estado, alternativas político-militares del campo y sectores populares urbanos; inmerso también en una economía (y una economía política) deformadas por el narcotráfico; en un escenario político continental gobernado por programas militares foráneos como el Plan Colombia; inmerso en la impotencia ante la parcialidad en la aplicación de sus mecanismos de justicia, dislocado por las inequidades en la distribución de la riqueza y el poder; y, finalmente, Álvarez escribe en un país donde increíble y progresivamente, el paramilitarismo gana prestigio y dignidad política.

¿Cómo se compara, entonces, la mirada primigenia del conquistador-historiador Cieza de León en el siglo XVI sobre el Valle del Cauca con la de Álvarez Gardeazábal del siglo XXI? ¿En qué consiste la desolación de la mirada del Álvarez en retirada cuando, después de contarnos la historia de la corrupta clase alta de la región, se centra sobre el verdor de los cultivos de caña de azúcar que se expanden por todas partes? La desolación del autor consiste, primero que todo, en el triunfo de las corporaciones azucareras que han logrado sofocar con el cultivo masivo de la caña la flora nativa del territorio (“sin bosques ni guaduales, sin pastizales ni iguazas”);³¹ consiste, en segundo lugar,

31 Las preocupaciones ecológicas han conformado otro aspecto de la actitud política de Álvarez contraria a la actitud del Estado colombiano. En su columna “Notas profanas” de *El País*, el autor protestó muchas veces contra los “arboricidios” perpetrados por los gobiernos locales

en la imagen de un segundo desalojo de la población nativa del Valle del Cauca en la ausencia conspicua de los pequeños propietarios, es decir, del minifundio. El primer desalojo, como ya lo expresó Cieza de León en 1541, fue el de los aborígenes que sufrieron la invasión y el genocidio de Sebastián de Belalcázar. Esta mirada final del Álvarez que se exilia, se convierte también en una mirada de consternación ante la erradicación del campesino pobre que perdió su batalla de resistencia contra los dueños de los ingenios azucareros en expansión, un campesino pobre que en la historia de esta región siempre ha sido de piel oscura. La mirada es una ficción, por supuesto, pero una que persiste en la imaginación histórica de Álvarez Gardeazábal y que se asemeja mucho a la realidad social del Valle del Cauca.³²

Bibliografía

- Álvarez Gardeazábal, Gustavo. *Los míos*. Bogotá: Plaza & Janés, 1981.
- _____. “Nota introductoria” a *El valle del tren*. Fotos de Patrick Rouillard. Cali: Sáenz, 1990.
- _____. *Perorata*. Medellín: Lealon, 1997.
- _____. “Se llamaba el País Vallecaucano”. Edición electrónica: http://webmail.teletulua.com.co/gardeazabal/boletines/se_llamaba_el_pais_vallecaucano.htm, 2001.
- Andagoya, Pascual de. *Relación y documentos de Pascual de Andagoya*. Adrián Blázquez (ed.). Madrid: Historia 16, 1986.
- Andrade A., Alberto. *José María Cabal, prócer de la independencia*. Bogotá: Imprenta y Litografía de las Fuerzas Militares, 1973.
- Arboleda, Gustavo. *Diccionario biográfico y genealógico del antiguo Departamento del Cauca*. Bogotá: Horizontes, 1962.
- Arciniegas, Germán. *América en Europa*. Buenos Aires: Sudamericana, 1975.
- Arguedas, Alcides. *Pueblo enfermo*. La Paz: Puerta del Sol, 1937.
- Aronna, Michael. “*Pueblos enfermos*”: *the Discourse of Illness in the Turn of the Century Spanish and Latin American Essay*. Chapel Hill: North Carolina Studies in the Romance Languages and Literatures, 1999.

en su planeación municipal. Su defensa de la flora nativa fue evidente hace unos veinte años cuando en Tuluá se amarró al tronco de un samán para evitar que lo cortaran (el dato proviene de mi propia memoria).

32 La expansión de los cultivos de azúcar en el Valle del Cauca y su consecuente genocidio de campesinos dueños de parcelas ha sido preocupación constante de Álvarez, como es notorio en su novela *Los míos* (1981).

- Arrom, José Juan. *Certidumbre de América. Estudios de letras, folklore y cultura*. Madrid: Gredos, 1971.
- Brading, David A. *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*. Traducción de Juan José Utrilla. México: Fondo de Cultura Económica, 1991.
- Bulnes, Francisco. *El triste porvenir de los países latinoamericanos*. México: Contenido, 1975.
- Bunge, Carlos Octavio. *Nuestra América. Ensayo de psicología social*. Buenos Aires: Vaccaro, 1918.
- Cieza de León, Pedro de. *Crónica del Perú. Primera parte*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Academia Nacional de la Historia, 1984.
- Deas, Malcom. *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Bogotá: Tercer Mundo, 1993.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo. *Historia general y natural de las Indias*. Madrid: Atlas, 5 vols., 1959.
- Guzmán Campos, Germán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Bernal. *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*. Bogotá: Tercer Mundo, 2, 1964.
- Le Bon, Gustave. *The Psychology of Peoples*. New York: G.E. Stechert & Co., 1912.
- Liévano Aguirre, Indalecio. *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*. Bogotá: Nueva Prensa, s.a.
- López de Mesa, Luis. *Disertación sociológica*. Bogotá: El Gráfico, 1939.
- Millones Figueroa, Luis. *Pedro Cieza de León y su crónica de Indias. La entrada de los Incas en la Historia Universal*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Institut Français d'Etudes Andines, 2001.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Hanover: Norte, 1984.
- Rouillard, Patrick. *El valle del tren*. Cali: Sáenz, 1990.

